

Cine

«NICOLAS Y ALEJANDRA»

En 1913, con ocasión del tricentenario de la Dinastía Romanov, «Willy», el todopoderoso Kaiser de Alemania, obsequió a su primo «Nickcy», Zar y Autócrata de todas las Rusias, con un valioso y original regalo: una filmación hecha expresamente para recoger las ceremonias del Jubileo de la reina Victoria, abuela y tía-abuela respectivamente de ambos soberanos.

En la ya septuagenaria película aún se pueden apreciar las expresiones risueñas de los «grandes de la tierra», contrapunteadas por el tic inevitable del primitivo sistema cinematográfico: Nicolás II, con chaqueta de tweed y bombín, en segunda fila del grupo familiar, al lado de un Oldemburgo o Hesse anónimos, se apoya ora en un pie, ora en otro, mientras sonríe tímidamente al artilugio de Monsieur Pathe.

Más de medio siglo transcurrido, lo que supone una cierta perspectiva, no le ha permitido a Franklin Schaffner superar, pese a la amplia gama de medios técnicos de que hoy dispone la industria cinematográfica, la objetividad infantil de aquella semiborrosa imagen histórica. No es admisible que de unos personajes abocados a la tragedia, —Nicolás y Alejandra— en la confluencia de sus anodinas vivencias con una de las etapas transcendentales de la Historia, se haya pretendido dar las imágenes de guardarropa, sobrecargadas de mal gusto y superficialidad de que rebosa este film.

El propósito de Schaffner (con la lógica colaboración de su productor, Sam Spiegel) de minimizar una situación histórica, reduciéndola a la mera particularidad de una desgracia familiar como la hemofilia que padecía el Zarevitch, provocando la constante alarma de sus padres y la malhadada influencia de Rasputin (situación de la que por otra parte se le escamotea al paciente espectador la perspectiva dinástica), condiciona cualquier ambición de reflejar verídicamente el contexto socio-político y aún el meramente palatino de la época. Así veremos desfilar a los personajes más representativos del «Ancien Régime» zarista, difuminados (pese a la colaboración de actores de la talla de Lawrence Olivier), ante la obcecada timidez de un guión que, incapaz de «situar» en su exacto contexto a cada uno de ellos, los conduce a las regiones del folletín.

De este modo, el Zar Nicolás aparece como un personaje hierático y débil, con breves paréntesis de «rabia» autocrática; la Zarina Alejandra cual desdeñoso cisne lujosamente encorsetado; Rasputin, representación oficial del Mal, se verá degradado a la categoría de sátiro impenitente; el conde Witte (cuyo solapado oportunismo ha sido transhumado por arte de magia en la «agradecida» imagen de un Maura sin mauristas) representa la inevitable lealtad póstuma de quien «ya lo había previsto...»; el Gran Duque Nicolás, espléndida fachada del «Miles Gloriosus», hace las veces de un trasnochado Bayardo; Kerenski, ambicioso leguyelo admirador de Thiers y cazador de fantasmas a sus horas, alcanza las dimensiones de un Catón doblado de Carnot, en virtud, seguramente, de alguna nostalgia californiana que acaso compartiera con Mr. Schaffner...; y, en fin, Stolypin no será ya el pitarroso gendarme del Régimen, sino, al igual que sus compañeros de reparto, un sacrificado patriota.

Por último, la puesta en escena del acto revolucionario (con el antecedente a lo «Zhivago» del Domingo Rojo de 1905 al que se amputará, púdicamente, la auténtica naturaleza de confidente de la Ojra del Pope Gapón) adquiere las características de un reportaje del «Reader Digest». Allí, el tríptico revolucionario —Lenin, Trostky, Stalin— con la anécdota de sus «expresiones características», la locomotora y el acorazado relucientes de eficacia y, paralelamente, la Majestad caída, su esposa e hijos unidos en la desgracia, dignos ante la adversidad, al menos en apariencia, ya que el trazo se hace más grueso al subrayar las últimas horas, con sus deseos e impotentes veladas, por un brote escénico de sangre... La sangre, made in USA, de los Romanov. ■ **GUILERMO MORENO DE GUERRA.**

«ABDICACION»

Nacida el 18 de diciembre de 1626, Cristina de Suecia se vió proclamada reina cuando apenas contaba seis años al morir su padre, Gustavo Adolfo, en la batalla de Lutzen. Sin embargo su coronación oficial no llegaría hasta 1650, cuando la paz de Westfalia hubo acabado con la Guerra de los Treinta Años y los suecos pudieron dedicarse a otros asuntos que los no puramente bélicos. Desde un principio, Cristina fue una reina que ejerció con disgusto el poder, sin hallar tampoco nunca la aprobación completa ni de su corte ni de su pueblo. Pero a todos sorprendió el que sólo a un año de la coronación (concretamente, en octubre de 1651) la monarca comunicase al Senado su intención de dejar el trono en beneficio de su primo, Carlos Gustavo. Tal decisión se mantuvo



CONVERSION DE CRISTINA DE SUECIA ANTE EL PAPA ALEJANDRO VII (ANONIMO ITALIANO DEL SIGLO XVIII).

secreta o estrictamente restringida a los ámbitos del poder durante casi tres años. La renuncia de Cristina planteaba una serie de problemas —motivados en gran parte por el desconocimiento de los motivos que le impulsaban a adoptar esa postura— que la Dieta general de los Estados estudió detenidamente antes de dar su aprobación. Por fin y ante la insistencia de la reina, que nadie consiguió doblegar, el 6 de junio de 1654 Cristina dejó oficialmente de llevar las riendas de su país. Sólo tres días después, abandonaba Suecia en dirección al Vaticano con el fin de ser recibida por el Papa y abrazar la religión católica desde su protestantismo inicial. No es cierto que tal conversión fuese el motivo de su abandono en cuanto reina de Suecia —tal como se quiso hacer ver con fines de propaganda religiosa—, ya que tal decisión surgió en Cristina antes de sus primeros encuentros con el portugués padre Macedo, origen de su interés por el catolicismo. De hecho, el propio Vaticano dudaba de la veracidad de la conversión de Cristina —que arrastraba por otra parte, una fama bastante escandalosa para su época— y encargó al cardenal Decio Azolino que estableciese la sinceridad de tal cambio religioso.

En esta relación entre Cristina de Suecia y el cardenal Azolino (que acabó en amor por parte de la primera) se centra el film «Abdicación» de Anthony Harvey que se viene exhibiendo actualmente en España, retomando así un personaje que fue célebre cinematográficamente por la interpretación que de él hizo Greta Garbo en la versión de Rouben Mamoulian de los años treinta. Junto a las amplias conversaciones entre la ex-reina y el cardenal, la película recoge en «flash-backs» algunos recuerdos de ella que intentan desvelar sus problemas íntimos. Sin conseguirlo, pues, todo se reduce a un pseudo-psicoanálisis que nada aporta al desvelamiento de la compleja personalidad de Cristina. Sin atreverse tampoco a profundizar en su lesbianismo, quizá verdadero y único motor de su actuación. ■ **FERNANDO LARA.**